

## Un olor a sal

Yazmín Pérez Torres\*  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

*...avanzar guiarse por el instinto y la experiencia aguzar al máximo los sentidos afinar el olfato no dejarse confundir por la mezcla de olores...*

No acababa de amanecer y la vieja ciudad permanecía impasible, como anestesiada por la brisa húmeda y el olor a mar. Sin transeúntes ni carros que lo estorbaran, era el momento perfecto para darse a su faena. Debía ser veloz, ese instante no duraría mucho. Los hombres no tardarían en llegar, metiendo bulla con sus camiones omnívoros, arrebatándole su tesoro para alimentar las insaciables bocas metálicas. Recogían las fundas y las cajas del suelo; vaciaban los tachos repletos. Todo se lo tragaban las máquinas trituradoras. Sólo dejaban en la banqueta la mezquindad de un chorro hediondo, un caldo turbio y pegajoso. Pero a él ni le iba ni le venía el jugo proteico. Que se lo bebieran las sabandijas. Él quería su basura.

Por ella se batía a menudo con los de la limpieza. Varios ya se habían llevado un par de trompadas. Claro que él también había recibido sus buenos golpes. Con sangre le había entrado la letra: hay que huir a toda costa del puntapié de un basurero diligente. Que dieran fe de ello su derrengamiento y las marcas en sus canillas.

No todo era lucha, sin embargo. También hallaba bondades. La doña de los altos de la esquina le ayudaba. Medio neurótica y gruñona, era la única que no mostraba remilgos por su desastrada catadura y le dejaba, cuando se acordaba, huesos con restos de carne, las sobras de algún arroz o pedazos de plátano sancochado apilados en un rincón de la acera, para que lo cogiera cuando pasara en su incesante deambular.

*...apresurarse destripar las bolsas plásticas desgarrar las cajas tumbar de un empujón los zafacones desparramar su contenido hundirse en el cerro de inmundicia meterse hasta el fondo oler hurgar...*

Empero, ya se sabe, no se puede uno fiar de la memoria de una loca. Para comer había que callejear. Tenía que subir y bajar cuestas; sortear el tráfico y los turistas; esquivar la policía y los comerciantes, siempre prestos a espantarlo con amenazas de palos. Debía procurar, discretamente, los embalajes de los restaurantes chic y los cafetines de mala muerte, desperdigados entre edificios preñados de historia y muros centenarios del color del tiempo. El sol y el calor dificultan la tarea. Pero es el perenne olor a sal marina que flota en el aire, metiéndosele por dentro, resecaándole la nariz y la garganta, haciendo más punzante la sed y el vacío en la barriga, lo que más le mortifica.

Ya no se acuerda de cuánto hace que no prueba bocado. Por eso, la visión de un basural abundante en plena acera, aún intacto, tan temprano en la mañana, le alborota el triperío con su precaria promesa de manjares. Sabe cómo proceder. Mira a todos lados para asegurarse de que nadie viene a arrebatarse lo que por derecho le toca. Va a lo suyo decidido y acierta. Tanto desbordamiento, tantos moscardones azules sobrevolando el montón no pueden mentir. Come.

Baja en dirección sur, camino al malecón. Cruza la avenida amplia, que ya empieza a atiborrarse de carros. Se acoge a la misericordiosa sombra de un almendro robusto. Sus raíces le sirven de asiento. Acomodado, respira con cierto alivio, casi contento. El viento le unta el cuerpo de salitre. Perdido en el azul, espera.

*...apurarse tantear hasta toparse con algo aunque no sea mucho unas migajas apenas un chin de nada agarrar lo encontrado llevárselo a la boca de una vez masticar sin pensar mirar a todos lados tragar sin degustar volver a olisquear mientras los dedos siguen buscando...*

---

\* Yazmín Pérez Torres es Catedrática Asociada del Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.